

EL SÉPTIMO CÍRCULO

CUENTA PENDIENTE

POR
C. S. FORESTER



Marble es un oscuro hombrecito que se endeuda permanentemente para llevar una vida que está por encima de sus posibilidades. Una noche de tormenta, recibe la visita de un sobrino adinerado que viene de Londres. El anfitrión, acorralado por las deudas y tentado por las circunstancias, asesina a su pariente. Ahora, el atormentado protagonista se enfrenta con desesperaciones, asombros y amenazas. Y al fin ocurre la tremenda sorpresa.

«Cuenta pendiente» es la única novela policial del escritor Cecil Scott Forester, que mezcla magistralmente un sórdido panorama costumbrista con las pautas más puras del policial inglés.

CUENTA PENDIENTE

Cecil Scott Forester

CAPÍTULO PRIMERO

La rata acorralada

—Quédense quietos, hijos —dijo la señora Marble—. ¿No ven que papá está ocupado?

Así era, en efecto. El padre dejó descansar la dolorida frente en su mano y tironeó de su bigote rojizo en un triste esfuerzo por concentrarse. Era difícil no apartar el pensamiento de esas malditas cifras, y lo sería aun cuando Winnie no tratara de molestar a John con una regla en los momentos en que no se afanaba y rezongaba frente a su deber de geometría. Marble martirizaba su bigote a la vez que contemplaba la columna de cifras en el trozo de papel que tenía ante sí. Parecían bailar envueltas en una niebla tenue delante de sus ojos. Hacía ya varias semanas que trataba de cobrar ánimo para este esfuerzo, y en el mismo instante en que comenzó, deseó abandonar. Estaba seguro de que con mirar las cifras no lograría nada. Ya no había nada que hacer.

La columna de cifras ostentaba el encabezamiento escueto de «Deudas». El alquiler estaba atrasado en tres semanas, y esa era la cantidad menor asentada. Debía más de cuatro libras al carnicero, lo mismo que al panadero, y la cuenta del lechero llegaba a más de cinco. ¿Cómo diablos podía haber hecho Annie para que la cuenta del lechero subiera a cinco libras? A Evans, el almacenero, le adeudaba más de seis libras. Marble sentía que odiaba a Evans, lo había odiado desde la época en que, unos doce

años atrás, él y su joven esposa llegaron a Malcolm Road recién casados, y Evans, con su equipo completo de delantal, canasto y bigotes, vino a pedirles se contaran entre su clientela. Annie acababa de decirle que Evans la había amenazado con entablarle juicio si no le pagaban. Y era indudable que si esto ocurría lo despedirían del banco. Ante los cansados ojos de Marble la silueta de Evans pareció extenderse de pronto sobre el papel que contemplaba, enseñando los dientes y con un brillo malévolamente en la mirada como el demonio que en realidad era. Marble mordió con rabia el extremo del lápiz en un repentino acceso de odio.

Además la columna incluía otros ítems. En la hoja de papel aparecían los nombres de algunos empleados del banco, y junto a ellos se veían las cantidades que Marble les adeudaba. Algunos de estos hombres tenían entradas aun menores que las suyas, y a pesar de todo lograban mantenerse libres de deudas, y algunas veces hasta podían prestar dinero a pobres diablos como él. Pero por supuesto no eran casados, o si lo eran no tenían mujeres derrochonas como Annie. Y sin embargo, Annie no era en realidad derrochona. Solamente descuidada. Algo así como él mismo, pensó Marble en un raptó de hastiada auto-crítica, inclinándose nuevamente sobre las cifras. ¡Sus deudas sumaban treinta libras, ni más ni menos! En la columna del haber no había escrito nada. Conocía demasiado bien el total de sus entradas como para tomarse ese trabajo. Tenía aguda conciencia de ello. El balance de su cuenta en el banco había quedado reducido a cinco chelines y conservaba dos florines en el bolsillo. Ninguna posibilidad de excederse en el crédito: también eso significaría el despido.

La culpa era suya, supuso débilmente. Desde el verano anterior veía venir esta situación y a la sazón había llegado al resultado de que suprimiendo las vacaciones y todo gasto extra para Navidad, podrían salir del paso. Pero tu-

vieron vacaciones y en Navidad gastaron más de la cuenta. No, eso había sido culpa de Annie. Ella adujo que a la gente le llamaría la atención el hecho de que no fueran a Worthing después de haber dicho que irían. Y lo repitió tantas veces que finalmente fueron. Como es lógico, ella había sido la verdadera causa de todas esas cifras colocadas junto a los nombres de los empleados del banco en la pequeña lista del señor Marble. Un hombre tiene que tomar una copa de vez en cuando al salir de la oficina a las once y media. Y por supuesto también debe convidar a sus amigos, si están con él. Fácilmente habría podido pagarlas si Annie no hubiese gastado todo su dinero. Y también tenía que fumar, y regalarse cada tanto con un buen almuerzo. Resueltamente, Marble se negó a pensar en la cantidad de dinero que invirtiera en su *hobby*, la fotografía. Sabía que era excesiva, y en algún rincón de su conciencia se agitaba la desagradable sensación de que faltaba otra cuenta, no consignada en la lista: la del químico de la esquina a quien le comprara elementos para ese propósito. Los estantes del cuarto de baño de arriba estaban repletos de materiales, y Marble no quería pensar en esto, pues ni siquiera había empleado la mitad, entreteniéndose más en los últimos tiempos en contemplar su *hobby* y alimentarlo con cosas nuevas que en hacer realmente algo.

Todo resultaba sumamente fastidioso y exasperante. ¡Cómo le dolía la cabeza, y qué cansado se sentía! Su mente estaba embotada. El horrible sentimiento de desesperación quedaba atenuado por una total laxitud de alma. Vagamente, comprendía que su tantas veces repetida amenaza de enviar a los niños a la cama sin comer, pronto tendría que cumplirse aun a pesar suyo. Lo despedirían del banco y jamás conseguiría otro empleo. Eso, fuera de toda duda. Pensaba que a la larga todo terminaría como esos casos que se leen en el periódico: sus hijos con las venas abiertas, y él y su mujer envenenados con gas. Pero

actualmente eso apenas le importaba. Todo lo que quería era descansar. Cuando esas benditas criaturas se hubieran acostado, arrimaría su sillón al fuego, apoyaría sus pies en el cajón del carbón y leería el diario, disfrutando de esa placidez durante un rato. En el botellón guardado en el aparador todavía conservaba algo de *whisky*. No mucho, por supuesto; quizá lo suficiente para tres vueltas, o tal vez cuatro. Marble deseó que fuesen cuatro. Con un *whisky*, un periódico y el fuego, olvidaría momentáneamente sus preocupaciones, ya que esa noche nada podía hacer por remediarlas. Marble casi no se daba cuenta de que estaba diciéndose lo mismo noche tras noche, desde hacía ya varios meses. La perspectiva se le antojaba inefablemente seductora. Ansiaba echar mano del botellón. Y afuera el viento aullaba, la lluvia castigaba las ventanas. Eso lo haría sentirse aún más cómodo cuando se encontrara junto al fuego.

Pero antes era preciso desembarazarse de los niños. Por alguna razón misteriosa, a Marble no le gustaba beber *whisky* en presencia de sus hijos. Su mujer no importaba gran cosa, si bien habría preferido verse libre también de ella. Un vistazo al reloj enfrió algo su entusiasmo. Solo eran las siete y media, y los niños no se acostarían hasta dentro de otra media hora, por lo menos. De súbito, se sintió irritado. Atisbo subrepticamente por debajo de sus cejas para ver si lograba sorprenderlos en alguna travesura y podía así mandarlos a la cama sin más trámites. El *whisky* le sabría mejor si lo precedía de un triunfo paterno y una demostración autocrática de autoridad.

—John, deja de hacer ese ruido —ordenó, con rudeza extraña e insegura.

Algo asombrado, John levantó la vista desde su silla junto al fuego. Cinco segundos antes había estado absorto en la lectura de *Cómo Inglaterra salvó a Europa*, conduciendo a la Brigada de Fusileros sobre pilas de cadáveres

por las ensangrentadas colinas de Albuera. Clavó en su padre una mirada vacía.

–No me mires como tonto –rezongó Marble–. Obedece y no hagas ese ruido. –Las órdenes eran equivalentes, pero John no lo entendió así.

–¿Qué me dijiste? –preguntó en tono vago.

–Nada de impertinencias. Dije que dejaras de hacer ese ruido.

–¿Qué ruido, padre? –volvió a preguntar John, más para ganar tiempo y poner en orden sus pensamientos que por cualquier otra razón. Pero la pregunta fue fatal.

–No trates de negarlo –dijo Marble.

–Vamos, Johnny, tú estabas haciendo un ruido, y lo sabes –intervino la señora Marble.

–Estabas dando pataditas en el suelo –saltó Winnie.

–Yo no lo negué –protestó John.

–Sí –dijo Marble.

–Sí –coreó Winnie.

–Cállate, Winnie –estalló Marble, volviéndose en contra de su favorita de costumbre en forma inusitada–. Tú no eres mejor que él, y lo sabes. ¿Has hecho tus deberes? Te mando a una buena escuela, y este es el pago que recibo por ello.

–Pero –objetó Winnie, alzando bruscamente la cabeza– obtuve una beca.

–¿También tú te estás haciendo la impertinente? –inquirió Marble–. No sé qué les pasa a los dos. Cuando comienzan a mostrarse irrespetuosos con sus padres es señal de que ha llegado el momento de irse a la cama.

Las palabras fatales estaban dichas, y los hijos intercambiaron una mirada de desaliento. La señora Marble intervino en favor de ellos con uno de sus típicos y medrosos esfuerzos.

–Oh, no, todavía no –suplicó.

Esa era toda la oposición que Marble necesitaba para decidirse con firmeza aun mayor sobre el asunto.

–Enseguida –sentenció–. John, a la cama, y deja ese libro aquí. Winnie, ordena tus cosas para mañana y acuéstate tú también. Y que esto les sirva de lección.

–Pero todavía no terminé mis deberes –se lamentó Winnie–, y no quiero pensar en lo que va a pasar mañana si no los tengo listos.

John no respondió. Se preguntaba de qué manera se arreglarían los fusileros para seguir sin él durante el resto de su avance. Hasta la señora Marble se decidió a formular una nueva protesta ante la drástica medida pero ambas partes ignoraron sus tímidas súplicas.

–Vamos, estoy esperando –dijo Marble.

Era inevitable. Malhumorada, Winnie comenzó a recoger sus libros. John se levantó y colocó *Cómo Inglaterra salvó a Europa* sobre la mesa. Pero cuando el plazo estaba por expirar sobrevino la diversión bajo la forma de un fuerte golpe en la puerta de calle. Durante un segundo todos se miraron entre sí asombrados, pues los visitantes eran especímenes raros en Malcolm Road, especialmente a la hora extraordinaria de las siete y media. Winnie fue la primera en recobrase de la sorpresa.

–Iré yo –dijo, y salió al vestíbulo.

Los demás la oyeron descorrer el cerrojo, y luego el gas tembló súbitamente al conjuro de la ráfaga de aire que penetró por la puerta de calle abierta. Una voz masculina, desconocida y fuerte, se dejó oír preguntando por el señor Marble. Este estaba a punto de acudir cuando Winnie reapareció.

–Alguien pregunta por ti, papá –dijo, y mientras hablaba el dueño de la voz extraña llegó tras ella.

Era un hombre joven, alto, que parecía una sinfonía en castaño, con su abrigo y bufanda castaños, su traje de *tweed* castaño, sus zapatos y medias castaños. También su rostro era castaño, si bien el fuerte viento que soplaba afuera le había dado una tonalidad rosada. Era joven, buen mozo, de aire desenvuelto, y las chispas de lluvia so-

bre su bufanda, el brillo de sus ojos oscuros y la ráfaga de aire frío que se coló con él en la habitación, se combinaron para hacer a su inesperada aparición tan dramática como John, que azorado permanecía de pie junto al fuego, podría haberlo deseado.

El desconocido se detuvo un momento en el vano de la puerta.

–Buenas noches –dijo, con cierta timidez.

–Buenas noches –contestó Marble, preguntándose quién diablos podría ser.

–Supongo que usted es mi tío William –dijo el recién llegado–. No esperaba que me reconociera.

–Temo que no.

–Mi madre era la señora Medland, Winnie Medland, su hermana, señor, según creo. Acabo de llegar de Melbourne.

–Oh, sí, por supuesto. ¿Eres el hijo de Winnie? Entra, pero no, primero quítate el abrigo. Annie, aviva el fuego. Winnie, desocupa esa silla.

Marble pasó al vestíbulo, acompañando al visitante. La señora Marble y los chicos lo oyeron preguntar, mientras lo ayudaba a despojarse del abrigo:

–¿Y cómo está tu madre?

La pregunta no tuvo respuesta inmediata. El abrigo y el sombrero habían quedado colgados en el perchero, y los dos hombres ya estaban por reaparecer en el comedor antes de que la respuesta, vacilante, casi susurrada, llegara hasta quienes desde allí escuchaban.

–Ha muerto. Murió hace seis meses.

Marble seguía murmurando las condolencias convencionales cuando penetraron en el comedor, pero no bien se le presentó la ocasión propicia trató de dar a la conversación un giro alegre. En honor a la verdad, no sentía ningún interés particular por su hermana Winnie, en quien probablemente no había pensado durante los trece años y medio transcurridos desde que bautizaran a su hija con su

nombre. Además, comenzaba a fastidiarle este joven que venía a interferir en la placidez y comodidad de su velada. Pero Marble no era hombre de demostrarlo. La hostilidad, de cualquier clase que fuese –aun la hostilidad instintiva contra extraños–, era un sentimiento que se debía ocultar cuidadosamente. Tal era la lección aprendida en una vida dedicada a dar cumplimento a las órdenes de los demás.

–Annie –dijo Marble–, este es nuestro sobrino, Jim. ¿Recuerdas cuando, de pequeño, partió con Winnie y Torn rumbo a Australia? Yo creo que me acuerdo. Vestías un traje de mariner, ¿no es cierto, Jim? Winnie, este es su nuevo primo, a quien no conocían. Siéntate, siéntate, hombre, y escuchemos tus noticias.

–Ocupe esa silla, señor... Jim, quiero decir –intervino la señora Marble, titubeando incómoda al tener que dirigirse a un desconocido, buen mozo y además bien vestido, por su nombre de pila–. Debe de estar muerto de frío.

El recién llegado demostraba casi tanta timidez como su anfitriona, pero se resignó a ser empujado suavemente hacia la mejor silla de la casa –la que Marble codiciara durante toda la tarde– mientras la señora Marble se estrujaba el cerebro en busca de algún tema de conversación y los hijos se acercaban tanto como podían sin salir del segundo plano que les correspondía.

Marble inició la conversación abruptamente.

–¿Cuándo llegaste? –preguntó.

–Esta misma mañana. Vine en el *Malina*, que arribó a Tilbury a las doce. En realidad, antes de venir aquí lo único que hice, una vez en Londres, fue buscar un hotel y comer algo.

–¿Pero cómo sabías que vivíamos aquí?

–Mamá me dijo su dirección antes de m... morir. –La vacilación podía perdonarse. Después de todo, el muchacho no tendría más de veinte años–. Habíamos hablado sobre este viaje muchas veces. En realidad, ella iba a venir

conmigo. Nunca le gustó Australia, no sé por qué, y después de morir papá...

—¿También Torn murió? ¡Qué mala suerte!

—Sí. Falleció a principios del año pasado. En realidad, eso fue lo que hizo que mamá...

—Comprendo, comprendo —se apresuró a murmurar la señora Marble tratando de expresar pena. Le disgustaba sobremanera oír hablar de la muerte de alguien.

Su esposo aprovechó para encauzar la conversación hacia asuntos más interesantes.

—¿Y cómo marchaban los negocios de tu padre?

—Oh, bastante bien. Hizo mucho dinero durante la guerra. Él no lo quería, usted sabe, pero de todos modos vino, como él solía decir. Pero mamá vendió todo después de su muerte. Decía que ella sola no podía encargarse de esa enorme agencia naviera, y yo era demasiado joven, de modo que cuando le hicieron una buena oferta la aceptó.

—De manera que ahora eres un joven de fortuna, ¿eh?

—Supongo que sí. Acabo de terminar mis estudios en la Universidad de Melbourne. En primer lugar quiero ver un poco las cosas, eso era lo que mamá pensó siempre que yo *haría*.

—Muy acertado, por cierto —dijo Marble, con la deferencia instintiva hacia el rico e independiente, que ahora era rasgo inevitable de su temperamento.

Por espacio de algunos momentos la conversación decayó, y el muchacho, sin perder del todo su timidez, tuvo ocasión de mirar a su alrededor. Estos eran los únicos parientes que le quedaban en el mundo, y quería aprovecharlos al máximo, si bien, admitía íntimamente, la primera impresión no se le antojaba muy atractiva. La habitación era francamente horrorosa. El empapelado floreado de las paredes estaba cubierto con fotografías y grabados de la peor especie. En la repisa de la chimenea, imitación mármol, se veían en desorden algunos adornos de pésimo gusto. De los dos sillones, uno estaba tapizado de felpa, el

otro de un *chintz* que ofrecía un triste contraste con el empapelado. Las otras sillas eran lisas, de madera torneada. Sobre una mesa, colocada junto a la ventana, había aspidistras polvorientas en grandes floreros de loza verde. En el sillón situado frente a él se sentaba su tío, que vestía un raído traje azul visiblemente manchado en varias partes. Era un hombre pequeño, de escaso cabello rojizo e hirsuto bigote de igual tonalidad. Sus apagados ojos grises tenían una expresión preocupada; aún más preocupada que la que advirtiera antes en los ojos del hombre cansado que se sentó frente a él en el ómnibus que lo llevara allí. Una cadena de reloj, de plata, cruzaba su ajado chaleco, y calzaba informes pantuflas de las cuales asomaban unas medias jaspeadas que, sin el sostén de las ligas, caían arrugadas alrededor de sus tobillos. Junto a él, sin quejarse, pero no por ello menos incómoda, en una de las sillas de madera, estaba su mujer, pálida y desprolija; lo que más llamaba la atención en ella eran sus anteojos de armazón de acero. A los hijos solo podía verlos cuando volvía la cabeza. Sin lugar a dudas, eran más atractivos. La niña, Winnie, sentada cerca de la mesa con las manos juntas sobre su falda, ofrecía en sus rasgos enjutos una innegable promesa de belleza; y el varón –John, ¿era ese su nombre?– era un hermoso muchacho de catorce años. Sin embargo, el joven Medland distaba mucho de sentirse cómodo en su situación actual. Seis semanas a bordo de un trasatlántico de primera clase, siendo el único pasajero varón soltero entre los quince y los cincuenta años, no constituyen la mejor introducción a la vida de un hogar suburbano castigado por la pobreza. Medland sintió la súbita necesidad de pensar en otra cosa.

–¿Puedo fumar? –preguntó.

–Sí, por supuesto –dijo Marble, recordando de pronto sus deberes de hospitalidad.

Marble hundió la mano en su bolsillo en busca del aplastado paquete amarillo de cigarrillos que allí guarda-

ba. Tenía tres cigarrillos, lo sabía, y los había conservado como un preciado tesoro para fumarlos más entrada la noche. Demoró todo lo posible en sacarlos, y su táctica tuvo éxito. Medland ya había extraído su cigarrera y se la tenía, cortés.

Era una cigarrera de cuero, regalo de despedida de una de las mujeres de edad mediana que viajaban a bordo. Las mujeres nunca comprenden que una cigarrera de cuero echa a perder los cigarrillos. Pero esta era mucho más que una mera cigarrera. Era una verdadera cartera, con bolsillos para estampillas y tarjetas de visita, y en la parte de atrás, abierta por la forma en que Medland la sostenía, había un compartimiento para dinero. Y estaba lleno. Cuando la cartera se movió en su dirección, Marble advirtió un grueso fajo de bonos del Tesoro, por lo menos veinte libras, quizá treinta –decidió Marble, sopesándolo con los ojos de un empleado de banco–. Junto al primero, había otro fajo de billetes de banco –de cinco libras, con toda seguridad–. La visión, literalmente deslumbró al pobre señor Marble. Pero también trajo un rayo de esperanza a las sórdidas celdas de muda desesperación de su alma. No hacer una observación al respecto, era más de lo que la carne y la sangre podían resistir.

–¡Qué bonita cartera! –comentó Marble, tendiendo un fósforo encendido hacia su huésped.

–Sí. –Medland acercó más su cigarrillo a fin de asegurarse de que estaba bien encendido–. Es un regalo –agregó modestamente, y la sostuvo de modo que su tío pudiera observarla con más libertad.

Los billetes de banco volvieron a relampaguear ante los torturados ojos de Marble.

–Y bien forrada, además –dijo Marble, luchando para que en su tono no se advirtiera ningún dejo de envidia.

–Sí, los conseguí en Port Said... oh, ¿usted se refiere a los billetes? –Medland hizo cuanto pudo por no demostrar sorpresa ante el mal gusto de su tío. Para lograr mejor

su propósito se extendió en explicaciones innecesarias—. Tuve que cambiar una de mis cartas de crédito no bien llegué a Londres. El viaje me dejó sin un centavo, poco más o menos, y todo lo que tenía era, naturalmente, dinero australiano.

Era un discurso bastante fútil, pero bastó para hacer que Marble comenzara a pensar rápida e ininterrumpidamente. Este muchacho había llegado justo a tiempo para salvarlo. Seguramente no negaría un préstamo a su tío recién hallado. Esos bonos del Tesoro lo salvarían, o aun solamente los billetes de banco. Y un préstamo concedido por un sobrino no era lo mismo que una deuda contraída con ese demonio de Evans, que acudiría a la Justicia sin mayor trámite. Ni siquiera podía clasificarse en la misma categoría que el dinero adeudado a los empleados de la oficina, a quienes había tenido que ir pagándoles lo suficiente para que no se quejaran a sus superiores, operación que absorbió todo su salario del mes. Pegada a los talones de estos pensamientos, llegó la aterradora comprensión del peligro que implicaba la situación en que se encontraba. Solo estaban a tres del mes, y toda su fortuna ascendía a diez chelines, con los cuales debía mantener a raya a sus acreedores y atender a las necesidades de la familia hasta el próximo día de pago. Antes había cerrado los ojos a esta situación, recurriendo a la ínfima dosis de resolución que le quedaba. Pero ahora que vislumbraba una posibilidad de escapar, el peligro que lo acosaba volvía a hacer presa de él, contagiándole un leve temblor involuntario y haciendo que el corazón latiera desordenadamente en su pecho. Mecánicamente, dirigió la mirada hacia el aparador donde descansaba el botellón. Pero se contuvo. No iba a desperdiciar uno de sus tres —¿o eran cuatro?— últimos tragos en este muchacho. Sin ningún miramiento, hizo a un lado la idea del *whisky* y comenzó a efectuar cautelosos avances en la dirección deseada.